This page was exported from - DocTutor
Export date: Sat Oct 17 21:28:31 2026 / +0000 GMT

El dios que conozco*

Rae Brown Profesor de pediatría y anestesia en la Universidad y centro Médico de Lexington, Kentucky, EE.UU.

Cuando comenzamos la carrera de medicina y la residencia, los idealistas entre nosotros tenían una imagen del tipo de médicos en el que se convertirían. Nuestra percepción del futuro rara vez coincide con la realidad a la que nos enfrentamos. Idealmente, los principios que entran en conflicto con nuestra propia visión del mundo no nos impiden hacer diagnósticos y tratar a los pacientes. En la mente de los jóvenes e inexpertos, al diagnóstico le sigue el tratamiento como a la noche el día.

En realidad, nuestros días están llenos de decisiones difíciles relacionadas con el tratamiento de los pacientes, decisiones en las que nuestros deseos de tratar y curar se ven frustrados por fuerzas ajenas a la fisiología y la anatomía. A veces estas fuerzas son de naturaleza espiritual.

Me enfrenté a un dilema de este tipo hace cinco años cuando un colega me pidió que hablara con un paciente que fue hospitalizado debido a un cáncer metastásico de su columna vertebral. El oncólogo del paciente había realizado un diagnóstico adecuado y había consultado a un neurocirujano especializado en problemas complejos de la columna. Una resonancia magnética reveló un tumor grande que invadía la columna dorsal. Este paciente tardó días en volverse parapléjico; Los intentos iniciales para tratar el tumor primario, un carcinoma de células renales, habían fallado.

Si bien la esperanza de una cura completa no era realista, la pérdida de la función intestinal y vesical, así como el dolor producido por la invasión de la columna vertebral, parecía una realidad demasiado cruel para que este joven, por lo demás sano, pasara los últimos años de su vida. Mi colega neurocirujano había revisado la información con él sobre el tumor primario, los resultados probables para el futuro y el grave problema del daño en la médula espinal. El paciente había escuchado atentamente el día anterior a

la intervención propuesta y estuvo de acuerdo en pasar lo que le quedase de vida con dolor e incontinencia como forma menor de evitar la tortura. A pesar de que aparentemente su comprensión de la situación era completa, incluyendo las consecuencias de la demora, él, un hombre devotamente religioso, aplazó el consentimiento hasta que tuvo tiempo de hablar con un sacerdote.

A la mañana siguiente, cuando el equipo quirúrgico realizaba la ronda preoperatoria al paciente, se enteraron de que después de hablar con su sacerdote, había decidido no someterse a la cirugía. El paciente se echó a llorar: ?Mi consejero espiritual dice que este es el plan de Dios. Hemos rezado sobre esto ... se hará la voluntad de Dios ". El equipo quirúrgico revisó los eventos inevitables de los próximos días: el dolor crecería a medida que el tumor invadiese el periostio de la columna vertebral y se produciría una pérdida total de fuerza y sensibilidad en la mitad inferior de su cuerpo. El tumor era complejo, pero las imágenes de diagnóstico abrieron una posibilidad de erradicar este problema. A medida que el equipo quirúrgico continuaba revisando su evolución, el paciente se volvió menos seguro sobre su decisión y pidió más tiempo. Su consejero regresaba ese mismo día.

Más tarde por la mañana, mientras conversaba sobre el paciente con los neurocirujanos, me sorprendió la alternativa que este joven estaba considerando. Tenía esposa e hijos pequeños, por lo demás estaba sano y el equipo quirúrgico estaba capacitado. Ciertamente, cualquier cosa podría suceder en cualquier momento, pero en este caso él parecía estar colocándose en una posición que yo creía no entender completamente. Le pregunté si podía hablar con el paciente.

En el sur, donde he ejercido toda mi vida, hay pacientes que creen que su Dios al que rezan es retributivo, y que no tienen derecho a intervenir en el curso natural de la vida. Un paciente con cáncer lo tiene por alguna razón; Solo Dios está al tanto de la causa. La atención médica adecuada no es consistente con estas creencias tradicionales. Por supuesto, el número de pacientes que mantienen estas creencias es pequeño, pero lo suficientemente grande como para recordarnos las complejidades que encierra la práctica de la medicina.

Mi colega, Debra, y yo subimos hasta el séptimo piso en ascensor. Entramos en la habitación del paciente para encontrarlo acostado en la cama, con evidente incomodidad. Su sacerdote estaba a su lado. El cirujano me presentó al paciente y me preguntó si podíamos hablarle en privado acerca de la masa en su columna vertebral y sobre lo qué podía esperar. Se quedó en silencio durante un largo rato. "Mi consejero espiritual quiere ayudarme a tomar la decisión", respondió. "¿Se puede quedar?"

Debra afirmó la importancia del cura en el proceso de toma de decisiones. Me senté en silencio pensando en las aflicciones del paciente: dolor por la invasión del tumor en el periostio, neuralgia por la invasión de los nervios en la columna vertebral y el dolor espiritual de tener que tomar una decisión que podría separarlo de su Dios.

Ella guió al paciente en este proceso nuevamente, explicándole lo que él podría esperar si se sometía a la cirugía en comparación con lo que era casi seguro que pasase si no lo hacía. En un tono callado y profesional, ella le reveló y aconsejó sobre posibles complicaciones, la necesidad de transfusión de sangre, la probabilidad de infección y la posibilidad de muerte. Me dejó hablar de todo lo relacionado con la anestesia: los riesgos de insuficiencia respiratoria postoperatoria y la posibilidad de anafilaxia a algún medicamento. Cuando ambos habíamos terminado, un silencio se extendió por toda la habitación. El cura preguntó si podíamos rezar juntos, y todos bajamos nuestras cabezas al unísono.

El cura oró por el alma del paciente, por su fuerza de carácter, por el valor para hacer lo correcto. No rezó por la habilidad y conocimiento del cirujano o el anestesista. No rezó para que Dios cuidara del paciente durante la cirugía, ni para que el paciente fuera liberado de su dolor insoportable. A medida que pasaban los minutos y el cura hablaba a su Dios, estaba claro que mi Dios, el Dios bondadoso, amoroso y compasivo, era muy diferente del suyo.

El cura agarró la mano del paciente. Lo miró y nos habló de la necesidad de que se haga la voluntad de Dios, de que la naturaleza siga su curso. Nos dio una conferencia sobre un plan superior y cómo nuestras creencias podrían revertir lo que Dios le había dado a este hombre. Habló sobre la deshonra que llega a quienes no escuchan. Comparó la difícil situación del paciente con la de Jesús, preguntándose: "¿Qué habría sido de nosotros si Jesús no hubiera aceptado lo que Jehová había planeado para él?" Terminó diciendo que el paciente había tomado la decisión de renunciar a la cirugía, incluso si ésto le llevase a la muerte.

En todos los sitios hay un lugar donde puedo sentarme, escuchar y estar de acuerdo con una línea de razonamiento diferente a la mía. En algún universo, paralelo o no, hay una persona llamada "Rae" que puede dejar pasar las cosas. Sin embargo, mi universo es éste. Y no puedo estar en silencio cuando otra persona, diciendo que está actuando en el mejor interés de un tercero, está diciendo palabras que definiría mejor como "acotando el juego".

Estuve callado 15 segundos completos. Durante ese momento, debatí "promulgar la ley", y habiéndose declarado al paciente incompetente para tomar esta decisión. Yo no lo era. Respiré hondo y comencé a hablar lenta y deliberadamente:

?Padre, estoy teniendo problemas para reconocer al Dios que está describiendo. Yo también hablo con Dios, y Él me da la fuerza para ayudar a los pacientes y para curarlos. Creo que le da a este médico la capacidad de ser un cirujano destacado. Él guía sus manos mientras ella, con delicadeza y habilidad, quita tumores como el que está causando tanto dolor a nuestro amigo aquí. El Dios que yo conozco no es vengativo; el Dios que conozco no pide sacrificios que están más allá de nuestra capacidad de comprensión. El Dios que conozco reconoce que si el cirujano no tiene la oportunidad de operar, el dolor y la pérdida de la función que llegarán cuando el tumor se extienda a su médula espinal será mucho mayor que cualquier cosa que haya sufrido?.

?Para que lo vea Padre, él no morirá de inmediato, estará acostado aquí en la habitación del hospital durante días, días y semanas, semanas sin capacidad de moverse, de limpiarse, y tal vez incluso de alimentarse. La masa está tan alta en la médula que tendrá dificultades respiratorias y desarrollará neumonías. No creo que mi Dios aliente esto porque es un destino mucho peor que la muerte ".

Hice una pausa y miré al paciente. "¿Es esto realmente lo que quieres?" Silencio.

El paciente bajó la cabeza y vaciló: "Simplemente no lo sé. No creo que pueda aguantar mucho más ésto ".

El cirujano levantó la vista y le tocó la mano con la suya. Había lágrimas en sus ojos. Susurrando, ella dijo: ?La decisión es tuya y solo tuya. Nadie puede hacerlo por ti y nadie te lo va a cuestionar. Por favor, déjanos ayudarte. "

Miró al cura con lágrimas en su rostro. ?Padre?, sollozó, ?No puedo creer que Dios quiera que continúe así. Quiero que me operen".

El cura respondió: "Debes dejar que se haga la voluntad de Dios".

"Se hará su voluntad", interrumpí, "y se hará a través de sus manos expertas".

Silencio. El sacerdote nos miró a cada uno de nosotros. Los minutos pasaron. "Voy a estar rezando por todos ustedes", respondió. Se detuvo por un momento, posiblemente esperando que el paciente cambiara de opinión. El paciente miró hacia abajo y siguió llorando. El cura se volvió y se fue.

En el silencio de ese momento, pensé en la decisión que había tomado este joven. Sabía que su dolor estaba equilibrado por la angustia interna de abandonar a su Dios. El valor se muestra de muchas maneras. Ese día nos encontramos con el coraje de hablar por nosotros mismos, incluso aunque eso significaba cuestionar a una de las fuerzas que guían nuestra vida.

Epílogo

El joven firmó su consentimiento, llegó al quirófano y se sometió a una extirpación de la masa tumoral seguida de la estabilización de su columna vertebral. Posteriormente se sometió a una nefrectomía y extirpación de un pequeño tumor de células claras. Después de cuatro años de quimioterapia y un retorno casi completo de la función medular, el tumor primario se lo llevó. El cura, recordando el coraje que el joven había mostrado, habló con elocuencia en su funeral.

(*) Publicación original en inglés:**The God that I know.** https://hekint.org/2017/01/29/the-god-that-i-know/